

Quinto domingo del Tiempo Ordinario C2024

Cada vez que celebramos la Santa Misa y antes de la consagración de las Sagradas Especies de Pan y Vino, cantamos el “Sanctus”. Decimos con toda la congregación: “Santo, Santo, Santo Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria”. Estas palabras vienen de Isaías 6:3 y Salmo 19:2. El resto viene de la aclamación del pueblo a la entrada de nuestro Señor Jesús en Jerusalén (Mateo 21:9).

La celebración de la Santa Misa es la transposición de la liturgia celestial a la tierra. Cada vez que celebramos la Santa Misa estamos en presencia del Dios Santísimo, digno de alabanza y gloria, y adorado por ángeles y serafines.

En su presencia, solo podemos reconocer quiénes somos realmente como pobres pecadores. Por eso al comienzo de cada Misa comenzamos confesando nuestros pecados, incluso golpeándonos el pecho tres veces, como el publicano en el templo. Lo mismo hacemos antes de la Santa Comunión pidiendo perdón al “Cordero de Dios”.

Reconocer la pecaminosidad humana es lo que hizo Isaías, como hemos escuchado en la primera lectura. Al descubrir la santidad y la grandeza de Dios, Isaías se juzgó indigno de ver a Dios cara a cara. Y Dios, que quería que trabajara para él, lo purificó de toda maldad y pecado. Al hacerlo, Dios lo legitimó para que, a pesar de sus limitaciones personales, pudiera trabajar para él. Es también lo que hizo san Pablo al reconocer que, a causa de su pasado, no era digno para ser llamado apóstol. Es igualmente lo que hizo Pedro en el Evangelio de hoy cuando quedó abrumado por el milagro de la pesca.

Sin embargo, ser pecador no implica automáticamente no ser apto para la obra del Señor. Significa solo que la conciencia de nuestra fragilidad humana nos empuja a confiar más en Dios que en nuestras propias fuerzas. Podemos tener muchas limitaciones, pero Dios puede hacernos mejores personas y capaces de cumplir su voluntad a satisfacción. Porque es Él quien nos ha llamado a trabajar para Él, puede prestarnos su ayuda y su apoyo para que no descuidemos nuestro deber.

Entonces, entendemos por qué Isaías, a pesar de su indignidad, dijo simplemente: “Aquí estoy, Señor, envíame”. De la misma manera, Pablo y Pedro se convirtieron en apóstoles, el primero para las naciones gentiles y el segundo para sus hermanos, los judíos. Así, las circunstancias a través de las cuales Dios nos llama a trabajar para Él pueden variar de un individuo a otro, pero es el mismo Dios quien actúa en cada uno de nosotros para la gloria de su nombre.

Aunque sea la voluntad de Dios que trabajemos para Él, esto no significa que el trabajo sea fácil. Tenemos que esforzarnos y trabajar duro para llegar al éxito. Lo que es seguro, sin embargo, es que nunca nos faltará la ayuda y la asistencia de Dios en los momentos difíciles. Es por eso que no debemos desanimarnos cuando trabajamos duro y el resultado no llega. Es como los discípulos en el evangelio de hoy. Trabajaron toda la noche, pero no pescaron nada. Cuando llegó la mañana y estaban a punto de volver a casa con el corazón amargado, fue en este momento cuando intervino el Señor.

Lo que el Evangelio nos enseña es lo que ya sabemos por experiencia, es decir, que quien se rinde ante las dificultades de la vida, se rinde demasiado pronto. En caso de fracaso evidente, hay que tener esperanza, aunque parezca que ya no hay nada que esperar. Puede ser el caso de la educación de los hijos, o del abandono de la Iglesia, o de la no práctica de la fe recibida inicialmente en la familia, etc.

Lo que el Evangelio nos enseña también es que donde está nuestro Señor las cosas pueden cambiar para bien. Por eso, hemos de invocarlo en nuestra oración y súplica tan a menudo como podamos, sobre todo cuando nos encontramos con problemas muy difíciles de la vida. Él no es indiferente a nuestras fatigas y crisis. Está abierto a nosotros y es capaz de intervenir en nuestro favor.

Por otra parte, donde hemos fracasado, hemos de empezar de nuevo y no bajar los brazos. Incluso cuando todas las circunstancias parecen desfavorables, todavía tenemos una oportunidad, al menos una oportunidad más. Al empezar de nuevo, demostramos que mantenemos intacta nuestra esperanza, porque creemos en nuestro Señor que puede hacer posible lo imposible. Como lo hizo en el pasado, con sus discípulos, lo puede hacer hoy con usted y conmigo. Si esperamos a que se den las circunstancias perfectas, nunca empezaremos. Si queremos un milagro, debemos tomar en serio la palabra de nuestro Señor cuando nos invita a intentar lo imposible.

El Evangelio de hoy nos invita a tener esperanza, pero no a una esperanza basada en un optimismo idealista que crea que las cosas irán mejor, sino en la verdad de que Dios nunca nos abandonará, cualesquiera que sean las dificultades que atravesemos. Por eso, hemos de estar convencidos de que, aunque la vida sea difícil y esté rodeada de muchas contrariedades, no estamos condenados al fracaso total. Dios, que nos ha llamado a servirle a través de nuestra vocación personal, también es capaz de sostenernos en nuestra misión y en nuestras tareas.

No sólo hemos de confiar en Dios, sino también no tener miedo, porque Él puede cambiar nuestro destino y devolvernos la alegría. Pidámosle que nos dé el valor de cumplir nuestra vocación en esta vida a pesar de todas las dificultades que podamos encontrar. Recemos para que tengamos el valor de volver a empezar desde donde hemos fracasado. Amén.

Isaías 6: 1-2^a, 3-8; 1 Corintios 15: 1-11; Lucas 5: 1-11



Fecha de la Homilía: el 09 de Febrero, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250209homilia.pdf